

A man with curly hair, seen from the back, stands in a dimly lit workshop. He is looking at several black and white photographs laid out on a wooden table. The room is cluttered with papers, books, and a desk lamp. A window in the background shows green foliage outside. The overall mood is contemplative and artistic.

Gustavo Dessal
OTRA VIDA

INTERZONA

Gustavo Dessal

OTRA VIDA



INTERZONA

INTERZONA

Dessal, Gustavo

Otra vida / Gustavo Dessal. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Interzona Editora, 2026.
264 p. ; 21 x 13 cm. - (zona de ficciones)

ISBN 978-987-790-152-8

1. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A860

© Gustavo Dessal, 2026

© interZona editora, 2026
Pasaje Rivarola 115
(1015) Buenos Aires, Argentina
www.interzonaeditora.com
info@interzonaeditora.com

Director editorial: Guido Indij

Equipo editorial: Natalia Brega / Fátima Nieves García / Fernando Ozón

Corrección: Mónica Martínez

Armado de tapa e interior: Natalia Brega

ISBN 978-987-790-152-8

Libro de edición argentina.

Impreso en Argentina. *Printed in Argentine.*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

A Clara y Valentina



BREVE NOTA PRELIMINAR

Aquellos que se interesen en la historia del coche eléctrico, pueden consultar:

The Hype about Hydrogen: Fact and Fiction in the Race to Save the Climate, de Joseph J. Romm (Island Press, 2004).

Plug-in Hybrids, de Sherry Boschert (New Society Publishers, 2007).

Para la historia y la función de la Junta de Recursos del Aire del estado de California, véase su portal: www.arb.ca.gov

Stanford R. Ovshinsky: inventor, es el único personaje real en esta historia. No obstante, me he tomado la libertad de entremezclar las vicisitudes de su vida con las vidas de mis criaturas de ficción.

No he tenido la fortuna de estudiar con el profesor M. Lee Goff, pero su libro *El testimonio de las moscas* (Barcelona, Ed. Trayectos, 2002) me ha sido de inmensa utilidad en el tema de la entomología forense.

INTRODUCCIÓN

El embarcadero, que alguna vez había servido para carga y descarga de las barcazas que remontaban el curso del río grande hacia el norte de aquella tierra infinita, era ahora un amasijo de maderas podridas y un par de naves ruinosas de chapa oxidada donde se guardaban los botes de pescadores. El sol arrancaba reflejos iridiscentes a los manchones de grasa que flotaban sobre el agua gris, envenenada por las cloacas de fábricas y aldeas miserables. Aprovechando la soledad, la selva había ido reptando hasta el borde del agua, y algunos árboles se inclinaban hacia el río como si quisiesen beber aquella ponzoña. A esa hora del mediodía, apenas se oía el golpeteo suave del agua contra los pilotes del muelle y el graznido feliz de algún bicho oculto en la espesura.

El hombre echó un vistazo al río, y le llamó la atención el chapoteo de las carpas que nadaban a ras de la superficie, dando vueltas dentro del casco de un bote medio hundido y atado a un pilote con una vieja cuerda estrangulada por las enredaderas. Los peces parecían interesados en algo que había dentro del bote, un bulto que se mecía suavemente entre las paredes del casco. Se acercó un poco más, y con un palo removió aquella cosa, mezcla de animal y trapos, que los peces mordisqueaban como ratas hambrientas. Entonces vio una cara, sin nariz y sin ojos, que sin embargo conservaba en la boca una mueca parecida a una sonrisa. El hombre dio un paso atrás, trastabilló y cayó de espaldas. Sintió que algo se le clavaba en la cabeza, una astilla del muelle tal vez, pero no se detuvo a comprobarlo. Deshizo el camino y corrió hasta el vehículo, abandonando los aparejos de pesca que había traído para entretener el día. Estaba tan aturdido que tardó un buen rato hasta encontrarlo, y

cuando lo hizo se dio cuenta de que las llaves estaban en el bolso que había quedado tirado en el muelle. Pero no estaba dispuesto a regresar, al menos no en aquel momento, y se lanzó a toda carrera por entre los árboles de la orilla, hasta que al cabo de media hora tuvo la suerte de tropezar con una pequeña aldea de indios canamaris que le dieron de beber y lo escoltaron hasta un puesto de la policía. El sargento de guardia, que vestía solo unos pantalones cortos y chupaba un cigarro apagado de hojas de maíz, escuchó con los ojos entrecerrados la historia e hizo un gran esfuerzo para vencer la modorra de aquella hora en que la humedad cortaba la respiración, subirse al coche, arrancarlo al cuarto intento, y marchar a la zona del hecho acompañado de uno de sus hombres, al que tuvo que despertar a cachetazos, y del aterrorizado denunciante, sentado en el asiento trasero, mudo y con ganas de librarse de lo que le borboteaba en el estómago.

Más tarde, el sargento se sintió aliviado cuando vio aparecer al grupo de la policía forense que comenzó a hacer las primeras fotos, mientras aguardaba a que el juez llegase para autorizar el levantamiento de los restos que los peces seguían reduciendo con pequeñas dentelladas, ávidos de liquidar aquel delicioso cambio en su dieta. Averiguar de quién se trataba costó un poco más de lo habitual, pero al cabo de unas horas, y gracias a un collar de plata y alejandritas que aún se mantenía alrededor de lo que alguna vez había sido un cuello humano, se pudo saber el nombre de aquel varón, blanco, edad aproximada cuarenta años, apenas vestido con un pantalón hecho harapos, y cuya fortuna habría alcanzado para invitar a cenar esa noche a todos los habitantes de Brasil.

I

Pensaron en él porque sabía francés. Su madre, que no era culta pero tenía vista, lo mandaba todos los veranos a una colonia de vacaciones al otro lado de la frontera, y más tarde, durante el tercer año de la carrera de ingeniero, una beca en Montpellier completó su conocimiento del idioma.

No le dieron demasiadas explicaciones. Su jefe inmediato le dijo que la casa central en París iba a mandar a un nuevo responsable del Departamento de Financiación y Ventas, una mujer que venía avalada por el Consejo de Administración de la firma. Sabían poca cosa sobre ella, solo que era muy competente y que tenía buen trato con el personal. Él se mostró extrañado de que lo eligieran. Su jefe, un hombre bastante afable a pesar de los apremios a los que lo sometía la empresa, le aclaró que iba a ser de gran ayuda para ella contar con alguien que supiera francés, porque al parecer la mujer estaba aprendiendo el español, aunque todavía no lo manejaba muy bien. Tampoco se trataba de hacer nada especial, simplemente ir a buscarla al aeropuerto, llevarla al piso que la compañía le había alquilado en Madrid, comprobar que todo estuviera en orden, y procurar echarle una mano durante las primeras semanas hasta que se adaptara a su nuevo puesto y a la vida cotidiana en la ciudad.

Una especie de secretario, digamos.

Bueno, no exactamente. Considéralo como un gesto de cortesía de la empresa, ten en cuenta que estamos hablando de una colega, y además es conveniente para todos que se sienta a gusto aquí, ¿no crees? Bajó ligeramente la cabeza para observar a Ramón por encima de las gafas de lectura.

Sí, claro, por supuesto, si a mí no me cuesta nada. Era por saber.

Se dio cuenta de que estaba un poco nervioso porque la vista se le nublabá. Le pasaba desde que era pequeño, como un escozor en los ojos y después una especie de nubecilla. Duraba apenas unos minutos, y mientras le sucedía veía borroso, más que nada las letras. Hizo un esfuerzo por leer en la pantalla el número y el horario del vuelo, pero tuvo que esperar un rato hasta que la visión se le aclaró. La Terminal 4 de Barajas estaba sorprendentemente vacía a esa hora, tal vez porque era muy temprano y ni siquiera habían abierto las cafeterías. Tenía ganas de beber un café, y se arrepintió de no haberlo hecho en el bar de la esquina de su casa. Los aeropuertos lo ponían un poco nervioso porque no le gustaba para nada volar. Desde que tenía ese puesto en la empresa, al que había accedido tan solo unos meses después de la graduación, no tuvo más remedio que hacer algunos viajes en avión por primera vez, siempre teniendo que sobreponerse al miedo. Su madre lo comprendía muy bien, puesto que le pasaba lo mismo, y de hecho no había subido a un avión en su vida. Se sentía orgullosa de que su hijo se hubiese sacado el título, trabajara en esa empresa, y que de tanto en tanto lo mandasen en avión a alguna parte.

No era un chico muy inteligente, y la madre le había estado siempre detrás para que estudiara. Ella no tenía estudios, al igual que el marido. Eran personas de campo, que debieron trabajar muy duro para salir adelante y darle al hijo una carrera. Pero los sacrificios valieron la pena, porque el muchacho se hizo ingeniero y encontró ese puesto tan bueno. Ahora ella estaba por fin contenta.

No tenía motivos para sentirse nervioso, puesto que en definitiva él no iba a volar esta vez. Simplemente tenía que buscar a la mujer que llegaba de París. Sin embargo le pasaba eso en los ojos, aunque al cabo de un rato ya pudo ver bien y comprobar que el vuelo se retrasaría una hora. Miró a su alrededor, y vio que estaban por abrir una de las cafeterías. Fue primero al baño, se lavó las manos, y se miró al espejo para arreglarse el nudo de la corbata. Tenía algo más de treinta años, no era feo, en todo caso vulgar, y llevaba el pelo bien cortado, como le habían sugerido en la empresa. Era delgado y fibroso, en eso había

salido al padre, aunque no practicaba ningún deporte en particular. El cuello, tostado por el sol de la infancia en el campo, era largo y fuerte, y parecía un tanto desajustado en el interior de un cuello de camisa tal vez un poco grande. El conjunto general era agradable, aunque carente de personalidad. Al salir del baño se acercó a la barra de la cafetería y pidió un café con leche. La chica que atendía llevaba el pelo teñido de rubio, y a pesar del maquillaje no podía disimular el sueño y el aburrimiento pegado a los párpados. Le dijo que tendría que esperar un rato hasta que se calentara la cafetera.

¿Cuánto tiempo?

Diez minutos.

Él se encogió de hombros y se sentó a una mesa. Durante esos diez minutos revisó los planes y comprendió que estaba inquieto porque no acababa de decidir si le diría a la mujer que esperase mientras él iba al aparcamiento a buscar el coche, o si mejor le proponía que fuesen juntos. Era una duda muy absurda, pero les veía inconvenientes a las dos posibilidades. Hacerla esperar sola en la entrada del aeropuerto le parecía poco educado, y obligarla a toda esa caminata hasta el aparcamiento era añadirle una incómoda fatiga. Podrían tomar un taxi, pero entonces el coche se quedaría en el aeropuerto y él tendría que volver más tarde a buscarlo, lo que supondría un fastidio y una enorme pérdida de tiempo. Mejor le diría que aguardase en la puerta, y él procuraría ir a la carrera hacia el aparcamiento, recorrer dando zancadas las interminables escaleras que subían y bajaban, los kilométricos pasillos, conseguir una máquina que funcionase para pagar el ticket, sacar el coche, y dar la enorme vuelta que lo llevaría hacia el nivel de recogida de pasajeros. Todo eso si con suerte no se perdía en alguna de las numerosas bifurcaciones mal señalizadas, como le había sucedido en otra ocasión. Tendría que memorizar bien la puerta en la que dejaría a la mujer esperando, porque eran varias y casi todas iguales.

La cafetera alcanzó la temperatura adecuada, y la chica del pelo teñido de rubio le interrumpió los pensamientos con una seña de que su café con leche estaba listo en la barra. Se levantó de la mesa para buscarlo, y mientras lo sorbía se preguntó de qué hablaría durante

el trayecto a la ciudad. Era bastante tímido, y no le resultaba fácil entablar conversación con un desconocido. Sacó del bolsillo la lista de temas que había apuntado la noche anterior, cuando meditaba sobre esta parte de la tarea que le habían encomendado, y ninguno le pareció adecuado. Le preocupaba que ella notase su timidez, su falta de habilidad para las relaciones sociales, y se preguntase qué hacía un tipo así en un puesto de ejecutivo medio de una empresa tan importante. Él mismo se hacía esa pregunta muchas veces, a pesar de que en la oficina gozaba de aprecio y lo trataban muy bien. Si no sabes qué decir, tú te quedas callado y escuchas a los demás, le aconsejaba la madre cuando percibía que el niño se mantenía aislado en el colegio, porque le costaba formar parte de los grupitos. Por ese motivo a veces se metían con él. Pero ahora ya no era un niño, y no podría hacer en silencio todo el trayecto desde el aeropuerto hasta el piso donde se alojaría la nueva responsable del Departamento de Financiación y Ventas, entre otras cosas porque lo habían seleccionado a él precisamente porque hablaba el francés, y también *para* que hablara francés y atender así mejor a la enviada. Pensar en eso lo puso otra vez nervioso, y para relajarse dio un paseo por la sala de espera. Se entretuvo observando las evoluciones de un carrito que aspiraba y lavaba el suelo. El empleado sorteaba con habilidad los obstáculos, y con ligeros movimientos del volante conseguía deslizar el vehículo entre las columnas, los asientos, y las máquinas expendedoras de bebidas. Le recordó a los coches de choque de la feria del pueblo, una diversión que le encantaba por sobre todas las demás. Él también tenía destreza para zigzaguear entre los otros cochecitos y evitar que le diesen.

El monitor de anuncios mostraba varios vuelos cancelados, pero el de París seguía sin novedades. Pese a que faltaban casi veinte minutos para la llegada estimada, en ese instante parpadeó el signo indicador de que el avión acababa de tomar tierra. En lugar de alegrarlo, eso lo desorientó durante un momento, porque se había acomodado a la previsión anterior, que le daba un poco más de margen para reflexionar y anticipar los pormenores del encuentro. Ahora todo

se precipitaba de golpe sin que los asuntos principales estuviesen resueltos. Calculó que entre el trámite de pasaportes y la recogida del equipaje dispondría aún de media hora, y dudó si pedir otro café o simplemente aguardar frente a la puerta hasta que la mujer saliese. Entonces se dio cuenta de que había olvidado en el coche el cartel con el nombre de la pasajera, lo cual le dio un nuevo y angustiante motivo de duda, el de regresar corriendo hasta el parking para buscar el cartel confeccionado con ordenador, arriesgándose a que entretanto la mujer apareciese en la sala de espera y se encontrase sola, creyendo que se habían olvidado de venir a recogerla, o buscar una hoja de papel y garabatear el nombre a mano. Estimó más prudente hacer lo segundo, aunque al mismo tiempo una primera inspección de los alrededores le demostró que no sería fácil procurarse una hoja de papel. Por suerte, en ese momento estaban abriendo el puesto de alquiler de coches y se dirigió allí de prisa. Tragó saliva y suplicó una hoja. Por supuesto, dijo el empleado, lo que ocurre es que están en este armario de aquí abajo y yo no tengo la llave, pero no se preocupe que enseguida viene mi compañero, cree usted que tardará mucho, no lo creo, veníamos juntos y él se fue un momento al baño, mire, allá viene. El empleado salvador llegó al puesto, fue informado de la situación, y después de inspeccionar a Ramón de pies a cabeza, como si quisiera cerciorarse de que no sucedía nada raro, extrajo la llave que permitió el acceso a la hoja de papel.

Habiéndose percatado de que tampoco llevaba consigo algo para escribir, consideró un abuso pedir más cosas a los del puesto de alquiler de coches y probó suerte con la empleada de la cafetería, que para entonces ya estaba bastante más atareada y poco deseosa de prestar bolígrafos. Aun así le dejó uno sin decir nada.

Se acercó a una mesa para poder apoyar, y escribió con letras bien grandes LAURENCE GUILLAUME. Satisfecho, estaba a punto de volver a la puerta de espera cuando lo asaltó una nueva duda, más horrible que las anteriores: la de si el nombre era exactamente Laurence o Laure. Era incapaz de comprender cómo podía sucederle aquello, si el día anterior había leído y releído el nombre a cada rato en la nota adhesiva que le

habían dejado en la oficina. La sola idea de cometer un error semejante en el primer encuentro le aceleró el pulso, pero ya no había tiempo para volver al aparcamiento y verificar el dato en la agenda que también había olvidado en el coche. Por lo tanto, dio vuelta la hoja y escribió MADEMOISELLE GUILLAUME. Del apellido estaba seguro.



II

Laurence Guillaume había estado en España algunas veces, pero nunca en Madrid. Una convención en Barcelona, un fin de semana en Sevilla, y una escapada un poco más larga a Granada completaban su conocimiento de este lado de la frontera francesa. Cuando le ofrecieron instalarse en Madrid durante un período de dos años, tardó apenas una semana en aceptar. No tenía grandes compromisos en París, puesto que sus padres habían fallecido cuando ella era muy joven, y su matrimonio con un compañero de carrera resultó decepcionante y fugaz. Con treinta y dos años, y un excelente currículum en la compañía, la perspectiva de pasar una temporada en Madrid le resultaba atrayente. El incentivo económico era importante, pero también le gustaba la idea de aprovechar la experiencia para aprender bien el español y, por qué no, alejarse durante un tiempo de la vida de París, demasiado estricta y malhumorada.

Estos días finales estaban siendo bastante agitados. No se trataba de un simple viaje de vacaciones, sino de un traslado en toda regla, lo que suponía un esfuerzo considerable y detalles que se presentaban a última hora. En ese momento comprendió que la verdadera razón por la que había aceptado la oferta de España era que se hallaba rodeada de una profunda soledad. Sus escasos amigos apenas le dedicaron tiempo para ayudarla a desmontar el piso de París. No cabía ningún reproche, puesto que todo el mundo estaba ocupado en una actividad frenética, muy poco propicia para el fomento de las relaciones generosas.

Mientras volaba hacia Madrid y releía en su agenda electrónica los nombres de quienes serían sus nuevos compañeros y subordinados, observó sus manos. Era algo que le obsesionaba. Las manos.

Todavía se veían jóvenes, aunque sabía que el tiempo tenía predilección por esa parte del cuerpo de las mujeres, y que muy poco podía hacerse para evitarlo. Por eso vigilaba continuamente sus manos, para comprobar en ellas el transcurso de la vida.

Incluso en *business* el desayuno del avión era imposible, y se limitó a beber el café y el simulacro de zumo de naranja. Naranja. Esa palabra sonaba muy hermosa en español. Se desafió a sí misma e intentó nombrar mentalmente en español los objetos que veía a su alrededor. Asiento, pasajero, pantalla, luz, agenda, bolso, bandeja, vaso, cuchillo, tenedor, cucharilla. La doble *e* española era difícil de pronunciar. De pronto le asaltó el pensamiento de si todo aquello no sería una insensatez, una nota desafinada. Quizás había confiado excesivamente en su capacidad para adaptarse a un lugar nuevo, con un idioma que aún no dominaba, sin amigos ni referencias conocidas, más allá de un breve contacto turístico e impersonal. Tal como correspondía a un retoño de la burguesía francesa salida de una de las Grandes Escuelas, era orgullosa y segura de sí misma, y había sido educada en el severo autocontrol de las emociones. No obstante, en aquel momento sintió flaquear y un torrente de angustia se deslizó por su garganta, dificultándole la respiración. Contuvo la náusea hasta que la voz del sobrecargo anunció que el avión estaba a punto de iniciar su descenso en el aeropuerto de Madrid.

Entonces, el sentimiento de lo inevitable tomó el relevo de la incertidumbre, y la respiración recobró su ritmo normal.

III

Se hizo fuerte al dolor a base de costumbre. Había nacido en la posguerra, hija de represaliados, criada entre los rostros del hambre y las humillaciones. Más tarde conoció a un hombre bueno, capaz de trabajar lo que hiciese falta, que no le dio la felicidad, pero le compensó las penurias con una vida sin sobresaltos. Él tenía una tierra breve cerca del monte, que valía para plantar alguna cosa y pastorear unos pocos animales, bienes suficientes para mantener una familia modesta. Tuvieron que conformarse con un solo hijo, porque una enfermedad la dejó a ella mermada, y a este único se dedicaron por entero, volcando en él toda la esperanza que habían logrado poner a salvo. Ella lo quiso con título, y no cejó en sus empeños para sacarlo ingeniero, rompiendo así el sortilegio de generaciones atadas al yugo del campo y sus varias servidumbres. Y cuando vino diciendo que lo habían contratado para esa empresa en Madrid, escondió la amargura de no tenerlo cerca en el orgullo de propagar la noticia entre las vecinas del pueblo, que asintieron respetuosas con la cabeza. Si ya decía una que tu hijo valía para eso, comentaban, y a ella se le hinchaba el pecho y le saltaba el corazón de alegría. El marido era de muy pocas palabras, pero la secundaba en sus expectativas, y cuando el hijo le pidió al padre consejo para la compra de un piso, este le ofreció los sencillos ahorros de media vida de labranza, cosa que el muchacho no quiso aceptar, porque por nada del mundo estaba dispuesto a privar de ese dinero a unos padres a los que ya les debía todo.

Tanta gloria le significaba este hijo que de él se había vuelto celosa y lo vigilaba como un águila a su polluelo. A fuerza de mimo y desvelo

lo había hecho tal como lo deseaba, bueno y noble como su padre, sumiso para tenerlo siempre bajo el ala, dispuesto a seguir siempre la línea recta de sus mandamientos, timorato para no atreverse nunca a cruzar ninguna frontera, educado y servicial. Pasó por alto el inconveniente de que eso lo volviese inseguro con los extraños y más bien refractario a todo lo que no formase parte de su mundo inmediato, porque sabía que ya tendría tiempo de espabilar cuando fuese a la universidad, dado que para ello no habría más remedio que mandarlo a Zaragoza, a una residencia de estudiantes de lunes a jueves, y vuelta al pueblo los viernes, sábados y domingos hasta la tarde. No le faltaría una visita al mes para llevarle un buen queso, chorizos, y algún potaje para que el cerebro siguiese fuerte y le entrasen todos esos números que tenía que aprender.

Aceptó sin protestas que a los quince años empezase a noviar con la niña de enfrente, como era de prever, y dio gracias a Dios de que fuese ella en lugar de alguna golfilla de ciudad, de esas que solían caer en el pueblo durante las vacaciones de verano. Le habría gustado más la chica de los panaderos, que no era tan flaca, solo que esa ya estaba colocada, y además los padres eran unos soberbios que fuera de la tienda no se trataban con nadie. La Pilar era una chavala maja, no era motivo de habladurías, rendía normal en el instituto, y cuidaba de sus hermanos pequeños, de modo que ya tenía maña con eso de los niños. A su marido le parecía algo boba, pero para el caso mejor, así no iría a torcerlo al muchacho con caprichos de mujer, menudo el tiempo que le había llevado sacarlo bien derecho y limpio de cuerpo y alma como para que viniese la primera a deshacerlo todo.

Cuántas noches no se habría acostado con el corazón encogido por el miedo, miedo de que alguna desgracia le arrebatase su obra y la devolviese a la privación originaria, a la orfandad de lágrimas secas y palabras apenas musitadas en la penumbra, ahora que por fin había logrado levantar la cabeza y sentirse llena. Entonces, mientras su marido perseveraba en la ignorancia del sueño, ella se levantaba silenciosa e iba a la habitación del niño para mirarlo dormido, contrariada por el desencuentro entre los dos egoísmos que se revolvían en

su interior, el de verlo mayor, y el de que no se hiciese grande nunca. Luego salía fuera de la casa, a observar el cielo y aspirar el aire de la noche, y más reconfortada regresaba al lecho para no desaprovechar el poco descanso que quedaba.

No le importó que la mujer que alguna vez había sido se fuese secando dentro de la piel de madre, ni que se le olvidaran los sueños de la juventud, cuando imaginaba que algún mozo del pueblo vecino la pescaba en una fiesta y la llevaba lejos de todo aquello, lejos del agua fría de lavar y el olor de los corrales. Bien valieron las dedicaciones y los afanes, los despertares de invierno con noche cerrada y el espinazo doblado bajo el sol de los veranos, las rogativas a la profesora para que regalase un punto al chaval, el no pegar ojo hasta oír que el mozo regresaba de la discoteca, si eso sirvió para lograr el objetivo que se había propuesto desde un principio. Por eso, el día en que vestidos de punta en blanco acudieron a la ceremonia de entrega de títulos, ella supo que el ingeniero Ramón Cárdenas Molino justificaba los años que en él había gastado.



¿Es posible escapar del destino que otros han escrito para nosotros? Ramón Cárdenas, un inseguro ingeniero español atado a los mandatos de una madre sobreprotectora, y Laurence Guillaume, una sofisticada y solitaria ejecutiva francesa, cruzan sus caminos en Madrid en lo que parece un rutinario encargo corporativo. Sin embargo, la aparente normalidad empresarial salta por los aires para sumergirlos en una vertiginosa intriga internacional. Desde los despachos de la capital española hasta los peligros de la selva brasileña, los protagonistas se verán arrastrados por una vorágine de persecuciones donde nadie es quien dice ser y las lealtades se pagan caras.

Con una prosa magnética y un brillante pulso para el humor negro, Gustavo Dessal construye en *Otra vida* un thriller psicológico y geopolítico impecable. Una novela absorbente que expone las grietas de la ambición moderna y explora, con profunda agudeza, la necesidad humana de romper con el pasado para encontrar una existencia verdadera.



ISBN 978-987-790-152-8



9 789877 901528